

público y muestra, en fin, cómo utilidad y compromisos morales pueden mirarse de igual a igual en las decisiones económicas de las personas reales: «las personas no buscan maximizar su placer, sino equilibrar la aportación de dos finalidades clave: incrementar su bienestar y actuar moralmente» (p. 123).

La segunda parte («Más allá del racionalismo: el papel de valores y emociones», pp. 127-236) somete a crítica en cinco capítulos el concepto de racionalidad del que parte el planteamiento neoclásico y, a través de él, el liberalismo económico. Esta parte se sirve de las aportaciones de la psicología para hacer ver de qué manera los valores, las emociones, los hábitos, juegan un papel relevante en la toma de decisiones económicas, hasta el punto de poner en tela de juicio la fría y simple racionalidad del planteamiento mencionado.

La última parte («Más allá del individualismo radical: el papel de la comunidad y del poder», pp. 237-318) expone en cuatro capítulos, siempre combinando la argumentación con ejemplos, cómo la comunidad de la que las personas forman parte influye en sus decisiones económicas. Para el autor, si bien los individuos tienen capacidad de influir sobre la comunidad, ésta lo hace en mayor medida sobre el individuo. Habla así de una racionalidad colectiva que influye en la racionalidad individual; explica que el mercado, la libre competencia, no es en la práctica el sistema que da cuenta del todo social, sino que más bien es un sub-sistema de un sistema más amplio —la sociedad— que debe orientar y regular el mercado si no se quiere caer en un conflicto total. Sin embargo, esto no significa que toque a los poderes públicos determinar el resultado de la libre competencia, sino más bien preservarla y mantenerla.

Como se ve, también aquí el autor adopta una posición de equilibrio.

Con este libro no se pretende destruir ni cuestionar la importancia del interés individual en las decisiones económicas, sino integrar esta aportación en una visión más amplia, y por tanto más realista, de la persona humana. En palabras de Etzioni, «la socio-economía debe ver el placer y el interés propio dentro del contexto más amplio de la naturaleza humana, la sociedad y los valores últimos, en vez de ignorar la fuerza orientada hacia uno mismo o construir un paradigma, una teoría y una moralidad enteramente centradas en el yo» (p. 317).

En definitiva, estamos ante una valiosa aportación de la sociología a la tarea de diseñar modelos económicos y empresariales más acordes con la realidad de la persona humana, que es cuerpo y espíritu, que permanece siempre ligada a sí misma y a la vez está esencialmente abierta a los demás en cuanto alcanza su plenitud en el don de sí misma.

Gregorio Guitián

José Ramón FLECHA ANDRÉS, *Moral social. La vida en comunidad*, Sígueme («Lux Mundi», 84), Salamanca 2007, 590 pp., 21 x 13, ISBN 948-84-301-1633-1.

El Prof. Flecha es de sobra conocido por sus publicaciones sobre todo relativas a la moral fundamental y teológica, así como a la sexualidad y a la bioética. Sin embargo, con el presente manual se adentra en un terreno que le permite completar una explicación sistemática de la teología moral titulada *La vida en Cristo*, en cinco volúmenes que se han sucedido en la misma editorial desde

1999 (algunos tratados habían sido publicados pocos años atrás por el autor en otras editoriales).

Tras una breve presentación seguida de una sección bibliográfica, el libro ofrece veintitrés capítulos agrupados en tres partes: la primera quiere aportar los fundamentos sobre los que apoyar una reflexión ética de la vida del hombre en el entorno social; la segunda («escenarios y problemas») constituye el cuerpo del proyecto y es la parte más extensa, con un desarrollo temático en quince capítulos (derechos humanos, familia, demografía, trabajo, etc.); la tercera y más breve se ocupa de los nuevos desafíos mundiales en clave ética y de las exigencias de la esperanza escatológica para la acción.

Componer un tratado de teología moral social constituye hoy un reto que hace a quien lo afronta acreedor a una calurosa felicitación. En efecto, la teología se dirige de manera inmediata a quienes comparten su punto de partida, la confesión de la fe cristiana, es decir, se concibe primero como un servicio al creyente. Al mismo tiempo, hay que añadir que no se trata de un discurso circunscrito o meramente autorreferencial; al contrario, en la medida en que no renuncia a la racionalidad, constituye una oferta reflexiva abierta también al creyente de otras religiones, al no creyente, al diálogo con las ciencias y las praxis sociales, etc.

He evocado esta afirmación obvia porque pone al descubierto la magnitud de lo que he denominado «el reto»: se trata de ofrecer una propuesta ética elaborada desde fuentes cristianas con pretensión de validez en la plaza pública, es decir, de universalidad. Entre otras dificultades que debe salvar el proyecto, hay dos que a mi juicio surgen en primer lugar. Me refiero a la dificultad

que experimentan las modernas sociedades liberales, de alta diferenciación en subsistemas autónomos, para encontrar referencias universales de valor de carácter sustantivo y no meramente procedimental. A la dificultad indicada se añade otra, también de primer orden: ese discurso ético que no renuncia a su carácter religioso (teológico) se dirige a la sociedad moderna, diferenciada, autónoma, en una palabra, secularizada. Ambos factores se presentan a su vez como hechos o procesos, no libres de discusión, y al mismo tiempo con una fuerte carga analítica e ideológica. No podemos ocuparnos aquí de ellos, pero sí añadir que esos obstáculos pueden verse como oportunidades desde otro punto de vista.

Por otra parte, un libro de esta naturaleza que aborda cuestiones de tanto calado y tan variadas como las pertenecientes al vasto campo de lo social, suscita también multitud de observaciones particulares. En ocasiones, el lector echa en falta tomas de posición más decididas respecto a cuestiones debatidas (por poner sólo un ejemplo, la doctrina social de la Iglesia es mencionada sin terminar de delinear su estatuto en el conjunto de la disciplina) o desarrollos acerca de ciertas cuestiones (veracidad, democracia, propiedad y destino universal de los bienes, etc.) que podrían con razón encontrar un espacio en la moral social.

Ya se ha aludido a la envergadura del proyecto y a los obstáculos que pone el momento presente. Con todo, el Prof. Flecha ha tenido la valentía de afrontarlos, culminando así una exposición completa de la teología moral, y lo ha hecho con la competencia ya demostrada en otras ocasiones que le hace merecer una felicitación.

Rodrigo Muñoz